

Sixto V llegó á sospechar que esta carta fuese de los mismos Jesuitas; pero desengañado por el embajador de Baviera, contestó á todos los monarcas que jamás habia pensado en alterar la naturaleza del Instituto, y que antes bien deseaba conservarle, porque le reputaba laudable y útil á la Iglesia; «pero lo que me desagrada, añadia, es la conducta de algunos individuos, en especial la de los que frecuentan las cortes y se mezclan en los «negocios públicos.»

El motivo alegado por el Pontífice pareció tanto menos concluyente á los Soberanos exponentes y al mismo Aquaviva, cuanto que, pocos años antes, habia defendido él mismo contra el jefe de la Orden á los Jesuitas franceses ó escoceses, que tomaban una parte demasiado activa en la Liga. No olvidaba Aquaviva que sin contar con él, y aun á pesar suyo, habia ordenado el Papa al Padre Claudio Matthieu que dirigiese como en tiempos pasados el movimiento católico que impelia á una parte de la Francia bajo la enseña de la insurreccion; pero á fuer de diplomático experimentado, ó mas bien como sacerdote sumiso á la voz del Vicario de Jesucristo, no conceptuó útil evocar semejante recuerdo, que hubiera podido ser un argumento irresistible contra Sixto V; contentándose con guardar siempre la mas profunda deferencia al Pontífice, y obligando á los Jesuitas á practicar otro tanto; y cuando en términos, amargos quizás, le hizo saber el P. Forsler que acababa Sixto V de remitir al archiduque Carlos de Austria un manifiesto acusador contra la Compañía, escribió de su propia mano en la contestacion dada á Forsler: «Padre mio, el que ha dictado ese breve es nuestro jefe y nuestro pastor; nos ama y trata de humillarnos: empero las heridas del que nos ama de ese modo nos son mas útiles, que si por guardarnos consideraciones nos hiciese orgullosos. Roguemos al Señor por él.»

El mismo Pontífice habia anotado por sí mismo varios artículos de las Constituciones, mientras que el cardenal Caraffa, que fue el encargado de examinarlas, dilatava este exámen cuanto era posible, porque hallándose próximo á morir aquel anciano jefe, que habia consumido su vejez en trabajos superiores á la fuerzas humanas, ningun príncipe de la Iglesia queria cargar con la responsabilidad de semejante obra. Empero el Papa, cuya energía no bastaban á abatir los sufrimientos; no tardó en penetrar los motivos de la dilacion de Caraffa; y deseando llevar á cabo la

reforma, confió este trabajo á cuatro teólogos escogidos por él, y de sus ideas, quienes deseando complacerle por su parte, acriminaron con tanta vehemencia los puntos confiados á su censura, que los cardenales declararon unánimes que una censura tan amarga no podia menos de ser dictada por la ignorancia en materias religiosas. El decreto que los censores habian preparado fue desaprobado altamente por el sacro Colegio, que añadió á su deliberacion: «Por lo demás, no sabemos lo que haya podido desagradar á Su Santidad.»

No le costó gran dificultad al Pontífice el echar de ver que el sacro Colegio no participaba de sus prevenciones; por lo que se vió precisado á exclamar en pleno consistorio: «Bien lo veo, es-tais dando largas al asunto con gran destreza, porque esperais «mi muerte; pero os engañais: bien pronto, y guiados por nuestra sola voluntad, le terminaremos;» y en presencia de sus amigos íntimos repetia: «Todos estos cardenales, aun los que son «hechuras nuestras, nos abandonan por favorecer á los Jesuitas.»

El P. Juan Gerónimo fue delatado ante el Papa por un español, de haber dicho en el púlpito: «Los tiempos en que nos encontramos exigirian un Teodosio por emperador, y un Gregorio por Papa, y por desgracia no tenemos ni uno ni otro.» Otro Jesuita, el P. Bartolomé Blond, acababa de hacer el elogio del cardenal Cayetano, que la Santa Sede habia enviado á Paris para alentar la Liga. El Pontífice, que era personalmente hostil á Cayetano por demasiado adicto á los españoles, mandó prender al P. Blond, y suspendió á Lorenzo Maggio, que en ausencia de Aquaviva habia autorizado este elogio. Al mismo tiempo, y cuando Belarmino se hallaba en Francia por orden suya, vió la luz pública en Roma la famosa obra de este Jesuita intitulada: *De Summi Pontificis potestate*. Sixto V apreciaba á Belarmino, mostrándole todo el lleno de su deferencia; mas este habia vindicado antes de su salida la obediencia de Ignacio de los ataques de Julian Vicente; y Sixto V quiso castigarle por haber estado contra él al menos en ideas. Hizo que permaneciese en el Índice hasta su muerte la citada obra, siendo inútiles todos los ruegos y representaciones del sacro Colegio. La Congregacion de censuras que habia obedecido al mandato del Papa, cuando este dejó de existir, tributó mil elogios á la obra, borrándola de sus catálogos de libros prohibidos.

Érale imposible á Sixto V, á pesar de su absolutismo, encaminar á los cardenales hasta el punto de prestar su anuencia á un acto perjudicial á la Iglesia entera; contentábanse estos con oponer una resistencia pasiva, y sabido es que en Roma son los cardenales las columnas de Hércules de toda posicion. Determinóse el Papa á realizar por sí solo lo que no podía obtener del sacro Colegio, encargando al cardenal San Severino que ejecutase inmediatamente sus órdenes, dando principio por la supresion del nombre de Compañía de Jesús, nombre que el Papa trató desde luego de abolir. «¡Compañía de Jesús! decía, agitando su barba «blanca; ¿qué especie de hombres son estos, que no los ha de «poder uno nombrar sin descubrirse la cabeza?» Otras veces añadía: «Eso es hacer una injuria á las demás Órdenes, á mas «de ser una arrogancia que hace resaltar en Jesucristo una som- «bra de injuria; no conviene que tan santo nombre ande en bo- «ca y sea debatido por los jueces y demás empleados de los tri- «bunales.»

Tal era la idea fija de Sixto V; otorgaba á los miembros de la Sociedad el permiso de continuar llamándose Jesuitas, pero era preciso abolir á toda costa el título de Compañía de Jesús. Intercede el sacro Colegio, y son rechazadas sus instancias. Presentáronse los cardenales de San Severino y San Marcelino en la casa del Gesu, intimando al General y demás Padres la inmutable voluntad de Sixto V, intimacion á que se sometió el primero sin replicar; pero no queriendo el Papa aceptar la iniciativa de la supresion del título, ante los príncipes del Norte que se habian constituido en protectores de la Compañía, mandó que el mismo Aquaviva redactase el decreto en que pareciese pedirle la revocacion de las bulas de sus predecesores; orden que obedeció el General, igualmente firmando el acta, y remitiéndola al Quirinal á manos del soberano Pontífice, que reputándose feliz por haber conseguido una victoria tan disputada, le colocó en su despacho.

El 27 de agosto de 1590 y en el momento en que espiró Sixto V¹, le hallaron tal como el Papa le habia recibido pocos dias

¹ Ocurrió la muerte de Sixto V tan á propósito para los Jesuitas, que á pesar de lo avanzado de su edad, de sus fatigas pasadas y de la enfermedad mortal de que se veía atacado hacia ya tiempo, no faltó quien quiso ver en este suceso una intervencion humana; y desde este momento ha quedado en Roma,

antes, siendo después abrogado por Gregorio XIV sin haber visto jamás la luz pública.

Todas las rivalidades, todas las pasiones, y aun todos los odios guardan un profundo silencio en derredor de una tumba, ó bien se ocupan en consagrar en aquel dia algunos elogios, por medio de un panegírico convencional que la tregua del Señor otorga á la muerte.

Mas no sucedia entonces así con los Soberanos, y especialmente con los Papas. Sixto V, á imitacion de Paulo IV, habia ostentado una severidad de costumbres y una justicia tan implacable, que los romanos vieron transcurrirse los cinco años de su pontificado, creyendo haber pasado por un siglo de despotismo. Habia moralizado y embellecido la Ciudad eterna, pero lo habia hecho con tal impetuosidad, que sus moradores solo veian en estos actos de magnificencia ó rigidez el poder de un tirano, en vez de las operaciones de un genio. Apenas habia exhalado el último aliento, cuando los romanos hicieron pedazos la estatua que le habian erigido en un acceso de adulacion; y su nombre poco há tan temible, fue el blanco de los sarcasmos de un populacho, que ni sabe ser grande con la fuerza, ni afortunado con la moderacion. Pero si fue maldecida la memoria de Sixto V por la generacion cuya gloria formaba, la posteridad, que mira las cosas á sangre fria, le honra y le bendice.

En tanto que continuaba este Papa sus planes contra la Compañía de Jesús, se debatía en el consejo mismo del General una discusion enteramente religiosa, pero que podia ejercer alguna influencia en sus destinos: versaba esta sobre las penitencias y la frecuente oracion. Los cuatro asistentes estaban divididos en dos pareceres: Lorenzo Maggio y Alarcon opinaban que era preciso dedicarse á prolongadas contemplaciones y grandes austeri-

la patria de las tradiciones, un recuerdo que ha pasado á ser adagio. He aquí su origen.

Al salir Aquaviva del Quirinal, se encaminó al noviciado de san Andrés, donde encargó á los novicios de la Compañía que hiciesen una novena para conjurar la tormenta de que se veian amenazados. Dióse principio á ella efectivamente, y el último dia, en el instante en que, segun dicen, llamaba la campana del establecimiento á los novicios, falleció el Pontífice. En la actualidad, cuando un Papa está peligrosamente enfermo, y se oye el sonido de la campana en una iglesia de la Compañía, dicen los romanos: «Ya va á morir el Santo «Padre, porque la campana de los Jesuitas toca á rezar las letanías.»

dades; apoyando su sentimiento en el ejemplo de Loyola y de los primeros Padres del Instituto: Paulo Hoffee y Manuel Rodriguez creian, por el contrario, que atendido el fin y la organizacion de la Compañía, debia esta usar de una cierta sobriedad en lo concerniente á estas prácticas. Aquaviva tenia que resolverse, y adoptó un justo medio entre los dos extremos, decidiendo que aunque la Sociedad no estaba basada en la oracion y austeridades, no podia subsistir, sin embargo, sin usar, aunque con moderacion, de estos dos móviles de la perfeccion cristiana; desarrollando después el mismo principio en una carta remitida á todas las provincias, en la que trató de conciliar lo que debia el religioso á Dios con lo que debia al mundo. El 23 de octubre de 1590 murió en Loreto el P. Bobadilla, último de los diez Jesuitas que habian sobrevivido á Ignacio de Loyola, y pocas dias después se reunió en el Gesu la congregacion de los procuradores.

Tras los terribles asaltos que habia tolerado la Compañía de parte de Sixto V, la congregacion general era mirada como indispensable por algunos Jesuitas. La Compañía habia visto consumarse en su seno una multitud de serios acontecimientos: en España reinaba una completa escision; en Francia se lanzaban los Jesuitas con demasiado ardor al campo de la política: de aquí es, que creyendo unos comunicar un nuevo vigor á la autoridad del General por medio de una nueva adhesion á los Estatutos de la Orden, y opinando otros que puesto que Aquaviva habia sabido hasta entonces hacer frente á estos trastornos, no habia necesidad de reavivarlos quizás formando una asamblea general; los sufragios se inclinaban ora á una, ora á otra parte, pronunciándose dos asistentes en pro, y otros dos en contra, hasta que Aquaviva, que como jefe de la Compañía tenia dos votos, eliminó la dificultad poniéndose de parte de los que rehusaban la convocacion.

El cardenal de San Marcelino, sucesor de Sixto V, reinó solos trece dias bajo el nombre de Urbano VII, sucediéndole el 5 de diciembre de 1590 el cardenal Sfondrati, que tomó el nombre de Gregorio XIV. Empezó desde luego á mostrar el nuevo Papa una tendencia favorable á los Jesuitas, manifestando todo el lleno de su afecto á la nueva congregacion de los procuradores, que no se habia disuelto aun, y restituyendo por medio de una bula solemne el título que Sixto V habia estado á punto de arrancar á la So-

iedad. En seguida restableció y visitó los colegios, que el abandono de su predecesor habia privado de los subsidios que les otorgaba la Santa Sede; y cuando hubo reparado los descalabros y cicatrizado las heridas hechas á la disciplina interior del Instituto, se vió este consolidarse á la sombra misma de los ataques que acababa de arrostrar.

El colegio Romano enviaba al cielo un nuevo Santo, mientras que, á pesar de la Compañía y de su General, acababa de ser investido otro Jesuita con la púrpura cardenalicia por Clemente VIII. Luis de Gonzaga, de la casa de Mantua, exhaló su último aliento el 21 de junio de 1591, después de haber repudiado todas las grandezas terrenas para unirse mas íntimamente á Dios, y después de haberse hecho indigente para glorificar á los indigentes y para morir entre ellos, asaltado de todas las enfermedades que produce la pobreza. Solo habia pasado cuatro años en la Compañía de Jesús, bajo la direccion del P. Belarmino; y este jóven, á quien la Iglesia ha hecho el patrono de la juventud, no ha encontrado jamás en medio de sus innumerables panegiristas, quien le elogie mas admirablemente, que lo hizo su mismo director en su testamento. Luis de Gonzaga habia muerto á la edad de veinte y tres años de una fiebre violenta contraida en los hospitales, muriendo tan angelicamente como habia vivido; y un miembro del sacro Colegio, un sacerdote tan ilustre por su ciencia como por su santidad, pidió que su cuerpo fuese depositado á los piés de Luis de Gonzaga¹, porque queria que aun en la muerte fuese protegido el anciano por el jóven, y el confesor por el penitente.

La cuarta parte de un siglo habia ya transcurrido desde que el P. Toledo era la antorcha de la Iglesia, el consejero y predicador de los soberanos Pontífices, y el amigo de los Reyes. Escribiendo Gregorio XIII al duque de Baviera, cerca del cual habia sido enviado este Jesuita como embajador, se expresa en estos términos: «Aseguramos que de todos los hombres que en la actualidad existen sobre la tierra, es Toledo, sin contradiccion, «el mas sabio: sin embargo, debemos añadir que su probidad y «virtud le hacen todavía mas distinguido que su saber.» No que-

¹ Léese en el testamento del cardenal Belarmino el siguiente período: *Quod attinet ad locum sepulturae, libenter jacere corpus meum voluisssem ad pedes B. Aloysii, mei quondam spiritualis filii: sed tamen superiores Societatis ubi voluerint corpus meum ponant.*

riendo separarse los Papas de este genio teológico que convenia tan bien á los intereses del mundo como á los de la Religion, le habian obligado á vivir en el Vaticano, haciéndole su comensal, y nombrándole presidente de la Penitenciaría apostólica: pero Clemente VIII quiso hacer mas por este doctor, se resolvió á conferirle el capelo.

Muchos otros Padres habian ya rehusado esta dignidad; por lo que previendo la repulsa que debia escuchar de la boca de Toledo, le anunció desde luego que seria inflexible, y que era indispensable que se resignase á aceptar la púrpura, so pena de pecado mortal: intimacion á que no le fue posible resistirse por mas súplicas que dirigió al Pontífice el general Aquaviva. El 17 de setiembre de 1593 fue promovido Toledo al cardenalato; pero aun no se habia cumplido el año de su promocion, cuando dirigiéndose al Papa por medio de una carta fechada en 13 de setiembre de 1594, que todavía existe, le suplicó que se dignase restituirle su libertad y oscuridad pasadas. Hé aquí la contestacion que le dió Clemente VIII: «Os mandamos expresamente y en virtud de nuestra autoridad apostólica, que no penseis en abdicar el cardenalato; y contad que obedeciendo no ejecutais simplemente nuestras órdenes, sino las del mismo Dios que nos inspira.»

Durante este periodo, el Norte de la Europa habia estado mas agitado que el Mediodia. En España, Italia y Portugal pululaban las intrigas y contiendas políticas entre los príncipes reinantes que trataban de extender sus dominios. La fe católica era sin embargo respetada en todas partes, y no pocas veces la voz de la Santa Sede lograba apaciguar estas discordias; al paso que en Alemania, Suecia y Polonia provincias enteras sacudian el yugo de la unidad, entregándose al exceso del libre exámen, sin conocer otro freno que el de su independenciam. Los Jesuitas, apoyados por los príncipes católicos habian intentado oponerse á este impetuoso torrente, y se les habia visto diseminar la divina palabra por las poblaciones y campiñas, alentando á los fieles y luchando cuerpo á cuerpo con la herejía bajo cualquiera forma que se les presentase; sin que se pudiese decir que sus afanes habian sido hasta entonces infructuosos: mas Aquaviva no tardó en comprender que sin abandonar este apostolado, otro seria mas fecundo en resultados, al par que mas duraderos. Para salvar á las generaciones futuras, se hace indispensable sacrificar una al tor-

rente de las pasiones corruptoras, que ha dejado germinar en su seno. Gastar su energía en combatir las, es conceder á la imprevision que aniquile el fervor; es condenarse á la impotencia.

Para obviar estos males y conservar la fe en el interior de las provincias alemanas, habia un medio todavía mas seguro. Bueno era presentarse en la liza con los sectarios, arrojando las discusiones de su ardor teológico, y haciendo frente al desorden de las imaginaciones; pero importaba al mismo tiempo fortalecer en el secreto de los estudios, y aguerrir á los niños contra las prevenciones, inculcándoles cuanto fuese posible el afecto al cristianismo, y estrechándoles por medio de los lazos de la confianza y veneración á aquella Cátedra de san Pedro, blanco á que se dirigian los ataques. De aquí se infiere que la idea de Aquaviva fue y se redujo á formar una propaganda católica, basada en la educacion, estableciendo, á favor de este resorte, una contrareforma en aquel mismo terreno en que la reforma habia sentado sus reales. Los doctores del protestantismo habian ganado á las generaciones presentes, y los Jesuitas trataban de conquistar las venideras. Para realizar su combinacion tal como ellos la habian comprendido, necesitaban colegios, el apoyo de los soberanos, el concurso de los grandes y el aprecio del pueblo; y cuando lo hubieron obtenido todo, ó sea desde el año de 1581, no tuvieron que hacer mas que perpetuar su dominio sobre las inteligencias.

En este mismo año llegó al campamento del rey de Polonia, en calidad de legado del Papa en Rusia, el P. Possevino, uno de los mas activos promotores de la contrareforma, quien con motivo de la misma mision que habia desempeñado ya en Stokolmo, habia tenido ocasion de visitar las principales cortes de Alemania.

El czar de Moscovia, Iwan Basilowicz, era un príncipe que trataba de indemnizar por medio de la gloria sus crueldades y depredaciones. Habia ensanchado las fronteras rusas hasta el mar Caspio, y después de haber conquistado los reinos de Astracan y Cassan, dirigió sus vencedoras huestes hácia el Occidente, como para manifestar á la Europa entera el poder de su brazo todavía desconocido. Habia ya invadido la Livonia, y proyectaba lanzar sus ejércitos sobre la Polonia, cuando le salió al encuentro Esteban Bathori, cuya pasion por la gloria, al par que llenaba de entusiasmo á los hijos del gran Estanislao, le hacia un digno anta-

gonista de Iwan. Mas á esta propiedad caballeresca agregaba Bathori la prudencia del general y la sagacidad del negociador. Avistóse el ejército del Czar con el que mandaba Esteban, en el año de 1580, dos meses después de haber aquel sometido á la Livonia; y habiéndose empeñado diferentes combates, en los que fue derrotado y perseguido hasta sus mismos *steppes*, conociendo que al menos en esta ocasion le habia vuelto la fortuna las espaldas, y que quizás el victorioso Bathori trataria de lanzarle á su vez del trono, apeló á la astucia para conjurar la tempestad que su ambicion evocaba.

Mas para contrarestar los planes del vencedor, que á la cabeza de sus polacos avanzaba cada vez mas, era indispensable echar mano de un poderoso mediador. Basilowicz era cismático; mas como le constaba la profunda veneracion con que miraba su audaz adversario á la Santa Sede, se dirigió al Pontífice por medio de su ministro Tomás Severigino, reclamando su intervencion, que no tardó en serle otorgada. Salió Possevino acompañando al diplomático moscovita, y pertrechado con los plenos poderes de Gregorio XIII, con la mision de pacificador entre las dos potencias beligerantes. Esta mision solicitada por el Czar era un homenaje tributado á la Santa Sede; á los ojos del Papa y del Jesuita encerraba una idea muy diferente. Los hombres menos previsores veian en esta desesperada apelacion, que hacia uno de los jefes de la iglesia griega al Pontífice de la cristiandad, un síntoma de reconciliacion; pero de todos modos era franquear un paso mas directo y menos peligroso para las Indias, la Tartaria y la China á los nuncios de la Santa Sede y á sus misioneros. Possevino era el encargado de conferenciar con Iwan respecto á estos puntos tan esenciales al bien de la Iglesia; mas á fin de llenar cumplidamente las miras de Gregorio XIII y las del Czar, debia entenderse antes el legado con el rey de Polonia: se presentó aquel en su cuartel general de Wilna, donde le entregó el breve de S. S. de 15 de marzo de 1581, y concebido en estos términos:

«Habiéndonos remitido el czar de Moscovia un embajador con cartas y proposiciones de que hemos procurado informar á V. M. por medio de nuestro nuncio, os enviamos el mismo plenipotenciario, y con él á nuestro amado hijo Antonio Possevino, teólogo y sacerdote de la Compañía de Jesús, y sugeto dotado de

«una prudencia y una fidelidad á toda prueba, como hemos tenido ocasion de experimentarlo en diferentes épocas, en que se ha mostrado siempre dispuesto y muy apto para desempeñar toda clase de comisiones, por la gloria de Dios y en beneficio de la república cristiana. Nos le empleamos con tanto mayor placer para el desempeño de esta negociacion, cuanto que ya es conocido personalmente de V. M. Y deseamos que presteis un entero crédito á cuanto os diga acerca de la paz que con tanto ardor desea el moscovita.»

Por grandes que fuesen la veneracion que Bathori tributaba á la Sede apostólica, y el afecto que profesaba al Jesuita, como vencedor, que tenia en su mano la conquista de las provincias rusas, á donde ya caminaba su ejército, no quiso ocultar al Legado que tal vez existia un cálculo en aquella súbita confianza otorgada por Iwan á la Santa Sede, y que en caso de haberle, sabia muy bien desbaratarle con la punta de su espada: esto era sinónimo de decir, que si bien no consentia en una suspension de armas, tampoco trataria de entorpecer el tratado de paz que debia redactar el mismo Possevino, atendiendo al interés de la cristiandad. Juan Zamoski, canciller del reino y general tan esforzado como prudente, que se honraba con la amistad del Padre, trató de secundarle cerca del Rey, y el campamento se estableció en Disna, donde se les reunieron los embajadores de Iwan. Estos ofrecian condiciones que Bathori rehusó aceptar, favoreciendo con la persistencia en sus belicosos planes la mision de Possevino, y dejando, por decirlo así, entre sus manos la suerte del Czar. El Jesuita pasó el Boristhenes después de haber sondeado las disposiciones del vencedor; y escoltado por los cosacos, se internó en el corazon del país, siendo acogido por todas partes con muestras de respeto hasta llegar á Staritza, donde le esperaba el Monarca. Recibióle su corte á la entrada de la ciudad, y como la suerte del Soberano dependia tal vez de la embajada del Padre, le concedió Iwan su primera audiencia el dia 8 de agosto de 1581, poco después de su arribo. Hallábase el Autócrata sentado en su trono, ostentando todo el brillo de su magnificencia; cubríale una larga bata de tisú de oro sembrada de perlas y diamantes; tenia en la cabeza una corona en forma de tiara, y en la mano izquierda un cetro de oro semejante al báculo de los obispos. Veíase en derredor del Monarca una multitud de generales y boyardos que obs-